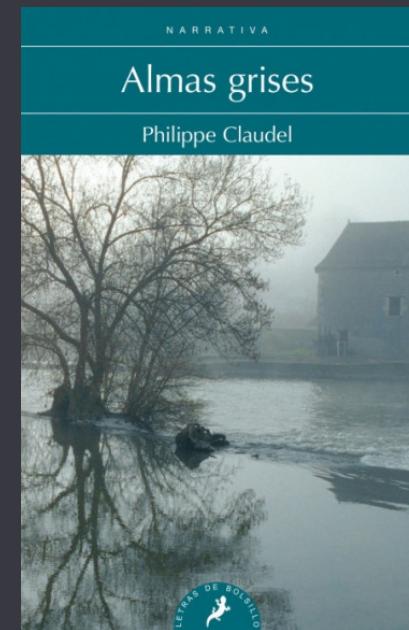




Visita al territorio de Philippe Claudel



La Escalera

Lugar de lecturas

A la memoria de André Vers

«Estoy ahí. Mi destino es estar ahí».
JEAN-CLAUDE PIROTTÉ, *Un voyage en automne*

«Ser escribano del tiempo
un ayudante al que se ve vagar
cuando se mezclan el hombre y la luz».
JEAN-CLAUDE TARDIF, *L'Homme de peu*

1

No sé muy bien por dónde empezar. Es realmente difícil. Todo ese tiempo ido, que las palabras no harán volver jamás, y también los rostros, las sonrisas, las heridas... Pero aun así debo intentar decirlo. Decir lo que me roe el corazón desde hace veinte años. Los remordimientos y las grandes preguntas. Tengo que abrir el misterio con bisturí, como si fuera un vientre, y hundir en él las dos manos, aunque nada cambie nada de nada.

Si me preguntaran cómo puedo conocer todos los hechos que voy a contar, respondería que los conozco, y basta. Los conozco porque me son tan familiares como la caída de la tarde o la salida del sol. Porque me he pasado la vida queriendo juntarlos y recoserlos, para hacerlos hablar, para escucharlos. En cierto modo, ése era antaño mi trabajo.

Voy a hacer desfilar muchas sombras. Una de ellas ocupará a menudo el primer plano. Pertenecía a un hombre llamado Pierre-Ange Destinat. Fue fiscal en V. durante más de treinta años y ejerció su profesión como un reloj que jamás se conmueve ni se avería. Todo un arte, sin duda, de los que no necesitan museos para hacerse admirar. En 1917, en la época del «Caso», como se lo llamó aquí, subrayando la mayúscula con suspiros y aspavientos, tenía más de sesenta años y llevaba uno jubilado. Era un hombre alto y seco que semejaba un pájaro frío, majestuoso y distante. Hablaba poco. Imponía mucho. Tenía ojos claros, que parecían inmóviles, labios finos, sin bigote, frente despejada y pelo gris.

V. está a unos veinte kilómetros de aquí. En 1917, veinte kilómetros eran todo un mundo, sobre todo en invierno, y sobre todo

con aquella guerra que no acababa nunca y que había traído a nuestras carreteras un gran estrépito de camiones y carretones de mano, acompañado de pestilentes humaredas y explosiones a miles, porque el frente no estaba lejos, aunque, desde donde nos encontrábamos nosotros, era como un monstruo invisible, un país oculto.

A Destinat se lo conocía por distintos nombres según el sitio y la gente. En la prisión de V., la mayoría de los internos lo apodaban «el Chupasangre». En una celda, había incluso un dibujo que lo representaba, tallado en la gruesa puerta de roble. Debo añadir que el artista había tenido tiempo de sobra para admirar a su modelo durante los quince días que duró su juicio.

Nosotros, cuando nos encontrábamos con Pierre-Ange Destinat en la calle, lo llamábamos «señor Fiscal». Los hombres se descubrían y las mujeres humildes doblaban la rodilla. Las otras, las importantes, las que pertenecían a su mundo, bajaban la cabeza ligeramente, como los pájaros cuando beben en los canalones. Ninguna de aquellas muestras de respeto le producía el menor efecto. Destinat no respondía, o lo hacía de manera tan leve que había que llevar cuatro pares de gafas con los cristales impolutos para apreciar el movimiento de sus labios. No era desprecio, como creía la mayoría de la gente; era, pienso yo, simple indiferencia.

No obstante, hubo alguien que casi llegó a entenderlo, una joven de la que volveré a hablar y que lo había apodado, aunque sólo para sí misma, «Tristeza». Puede que todo ocurriera por su culpa, pero ella jamás lo supo.

A principios de siglo, un fiscal aún era un gran señor. Y, en tiempos de guerra, cuando una sola ráfaga de metralla acababa con una compañía entera de valientes dispuestos a todo, solicitar la muerte de un hombre solo y esposado tenía algo de artesanal. Yo no creo que, cuando pedía y obtenía la cabeza de un pobre diablo que había acogotado a un cartero o destripado a su suegra, actuara movido por la crueldad. Tenía enfrente al desgraciado, esposado entre dos agentes, pero apenas lo veía. Miraba, por decirlo así, a

través de él, como si ya no existiera. Destinat no se ensañaba con criminales de carne y hueso; defendía una idea, una sola idea, su idea del bien y del mal.

Al oír la sentencia, el condenado gritaba, lloraba, se desesperaba y a veces alzaba las manos al cielo, como si de pronto se hubiera acordado del catecismo. Pero Destinat ya no lo veía. Abría la cartera y guardaba sus notas, cuatro o cinco hojas de papel en las que había redactado sus conclusiones con letra menuda y pulcra y tinta violeta, un puñado de palabras cuidadosamente elegidas que casi siempre hacían estremecer al público y reflexionar a los jurados, cuando no estaban durmiendo. Unas palabras que habían bastado para levantar un cadalso en un abrir y cerrar de ojos, mucho más rápida y eficazmente que un par de carpinteros trabajando a destajo.

Destinat no tenía nada contra el condenado; ya no lo conocía. Pude comprobarlo con mis propios ojos al final de un juicio, en un pasillo: Destinat sale con su lustrosa toga aún puesta y sus aires de Catón y se cruza con el futuro novio de la guillotina, que lo increpa, quejoso. Aún tenía los ojos enrojecidos tras la lectura de la sentencia, y seguro que en ese momento lamentaba los tiros de escopeta que había descerrajado sobre la tripa de su jefe. «Señor Fiscal —gimotea—, señor Fiscal...». Destinat lo mira a los ojos y, como si no viera a los guardias ni las esposas, le pone una mano en el hombro y le responde: «Sí, amigo mío... Porque ya nos conocemos, ¿verdad? ¿En qué puedo servirlo?». Sin asomo de ironía, con toda naturalidad. El otro se quedó helado. Era como una segunda sentencia.

Al acabar los juicios, Destinat iba a comer al Rébillon, frente a la catedral. El dueño es un hombre grueso con la cabeza como una endivia, amarilla y blanca, y la boca llena de dientes cariados. Se llama Bourrache. No es ningún lince, pero tiene el instinto del dinero. Nació con él. No es culpa suya. Siempre lleva un gran delantal de paño azul, que le hace parecer un tonel forrado. Estuvo casado con una mujer que nunca salía de la cama, debido a una postración,

como dicen aquí, donde no es difícil encontrar a algunas que no distinguen las nieblas de noviembre de sus congojas. Ya murió, no tanto de la enfermedad a la que en definitiva había tenido que agarrarse, como de lo que pasó, del Caso.

En esa época, las tres hijas de Bourrache eran tres pequeños lirios, pero con una pizca de sangre pura que les coloreaba la tez hasta hacerla casi arder. La pequeña no había cumplido los diez años. Tuvo mala suerte. O quizá muy buena, quién sabe.

Las otras dos sólo tenían nombres, Aline y Rose, pero a la pequeña todo el mundo la llamaba «*Belle*» y algunos, que se las daban de poetas, incluso «*Belle de Jour*». Cuando las tres hermanas estaban en el comedor, llevando y trayendo cubiertos, jarras de agua y litros de vino entre decenas de hombres que hablaban sin tapujos y bebían sin moderación, se me antojaban flores olvidadas en una taberna dudosa. La pequeña, sobre todo, parecía tan fresca que siempre la vi muy lejos de nuestro mundo.

Cuando Destinat entraba en el restaurante, Bourrache, que es hombre de costumbres, lo recibía con la misma frase, palabra por palabra: «¡Uno menos, señor Fiscal!». Destinat no respondía. A continuación, Bourrache lo acompañaba a su mesa. Porque Destinat tenía la suya, una de las mejores, que le estaba reservada todo el año. No he dicho la mejor porque ésa, que existía —estaba pegada a la enorme estufa de cerámica y dominaba toda la plaza del Juzgado a través de las cortinas caladas—, ésa, digo, era para el juez Mierck, un habitual. Venía cuatro veces por semana: no había más que verle la barriga, abombada hasta los muslos, y la cara, salpicada de acné rosáceo, como si todos los borgoñas que se bebía se le juntaran allí a esperar que los echaran. Mierck no apreciaba demasiado al fiscal, que le pagaba con la misma moneda. Puede incluso que con lo que acabo de escribir me quede corto, pero lo cierto es que todo el mundo los veía saludarse muy serios, sombrero en mano, como dos hombres a los que todo les separa pero que comparten el mismo menú.

Lo más curioso era que Destinat apenas iba al Rébillon y, sin embargo, tenía su mesa, vacía las tres cuartas partes del año, lo que representaba una considerable pérdida de ingresos para Bourrache, que no obstante no se la habría dado a nadie por nada del mundo, ni siquiera los días de feria grande, cuando todos los campesinos de la comarca acudían a empapuzarse después de haberles manoseado las ancas a las vacas y despachado un litro de aguardiente de ciruela desde el amanecer, y antes de ir a desfogarse al burdel de la tía Nain. La mesa permanecía vacía aunque hubiera gente esperando. Un día Bourrache llegó a echar a un tratante de ganado que se empeñó en ocuparla, y el cual no volvió a aparecer por el restaurante.

«¡Más vale una mesa de rey sin rey que un cliente sentado con las botas llenas de estiércol!», gruñó Bourrache un día en que me dio por preguntarle.

2

Primer lunes de diciembre. En nuestra ciudad. 1917. Frío siberiano. La tierra crujía bajo los pies y el ruido resonaba hasta en la nuca. Recuerdo la gran manta con la que habían cubierto el cuerpo de la pequeña, que se empapó enseguida, y a los dos gendarmes que lo vigilaban junto a la orilla del canal: Berfuche, un retaco con las orejas cubiertas de pelos, como los jabalíes, y Grosspeil, un alsaciano cuya familia se había expatriado hacía cuarenta años. Un poco apartado de ellos se encontraba Bréchut hijo, un mocetón barrigudo, con los pelos tiesos como cerdas de escoba, estirándose el chaleco sin saber qué hacer, si quedarse o marcharse. Él era quien la había descubierto flotando en el agua, cuando se dirigía al trabajo. Llevaba las cuentas de capitánía. Y sigue llevándolas, sólo que ahora tiene veinte años más y la cabeza más lisa que una bola de billar.

Un cuerpo de diez años no abulta mucho, sobre todo si está empapado en agua helada. Berfuche levantó una esquina de la manta y se sopló en las manos para calentárselas. Apareció el rostro de *Belle de Jour*. Unos cuervos pasaron sin hacer ruido.

Parecía una princesa de cuento, con los labios azules y los párpados blancos. Sus cabellos se mezclaban con la hierba, quemada por las heladas matinales. Sus manitas se habían cerrado sobre el vacío. Ese día hacía tanto frío que los bigotes se nos cubrían de escarcha mientras resoplábamos como toros y pateábamos el suelo para que la sangre nos circulara por los pies. Unas ocas torponas trazaban círculos en el cielo. Parecían haber perdido el rumbo. El sol se arrebusaba en su abrigo de niebla, que

se deshilachaba poco a poco. Hasta los cañones parecían haberse helado. No se oía nada.

—Puede que hayan firmado la paz —aventuró Grosspeil.

—¡Estás tú listo, la paz! —rezongó su compañero volviendo a cubrir el rostro de la pequeña con la manta empapada.

Había que esperar a los señores de V. Llegaron al cabo de un rato, acompañados por el alcalde, que traía la cara de los malos días, la que ponemos cuando nos sacan de la cama a horas poco cristianas, y más con un tiempo en que no dejaríamos en la calle ni al perro. Venía con el juez Mierck, el secretario del juzgado —cuyo nombre nunca he sabido, pero al que todo el mundo llamaba Postilla, debido al feo eczema que le cubría la mitad izquierda de la cara—, tres suboficiales de la gendarmería, de los que no se dejaban ver a menudo, y, por si fueran pocos, un militar. No sé qué pintaba allí el militar, pero, de todas formas, no se entretuvo mucho: echó un vistazo rápido y enseguida hubo que acompañarlo al café de Jacques. Aquel figurón no debía de haberse acercado a una bayoneta en su vida, salvo en alguna armería, y no demasiado. No había más que verle el uniforme, impeccablemente planchado y cortado, como un maniquí de la tienda de Poiret. Debía de hacer la guerra sentado en un gran sillón de terciopelo, junto a una buena estufa de hierro colado, y luego contarla por la noche, bajo artesonados dorados y arañas de cristal, a jovencitas en traje de baile, con una copa de champán en la mano, a los acordes de una empelucada orquesta de cámara.

Bajo el sombrero Cronstadt y los andares de glotón ahító del juez Mierck, se ocultaba un hombre atrabiliario. Puede que el vino de las salsas le hubiera enrojecido las orejas y la nariz, pero no lo había blandado. Levantó la manta con sus propias manos y observó a *Belle de Jour* largo rato. Los demás esperaban una palabra, un suspiro, algo. Después de todo, la conocía bien, la veía todos los días, o casi todos, que iba a menear el bigote al Rébillon.

Observaba el pequeño cuerpo como si fuera una piedra o un trozo de madera, sin emoción, con una mirada tan fría como el agua que corría a dos pasos.

—Es la hija pequeña de Bourrache —le susurró alguien al oído con cara de querer decir: «La pobre criatura no tenía más que diez años. Y pensar que ayer mismo le llevó a usted el pan y le alisó el mantel...».

Mierck giró sobre los talones y se encaró con quien había osado hablarle.

—Bueno, ¿y eso a mí qué? ¡Un muerto es un muerto!

Antes de aquello, para nosotros el juez Mierck era el juez Mierck, punto y aparte. Tenía su lugar y lo ocupaba. No se lo apreciaba demasiado, pero se le mostraba respeto. Sin embargo, después de lo que dijo aquel primer lunes de diciembre ante el cadáver empapado de la pequeña, y más teniendo en cuenta el tono en que lo dijo, seco, casi risueño, con una chispa de alegría en los ojos ante la perspectiva de un asesinato, es decir, de un asesinato de verdad —porque no cabía duda de que lo era—, en aquellos días de guerra en que todos los asesinos habían cogido vacaciones en la vida civil para encarnizarse mejor bajo el uniforme, después de su respuesta, digo, la comarca le dio la espalda de golpe y no volvió a acordarse de él más que con desprecio.

—Bien, bien, bien... —canturreó Mierck, como si se dispusiera a ir a la bolera o a salir de caza. De pronto, le entró hambre. Un antojo, un capricho: le apetecían unos huevos pasados por agua.

—¡Pasados por agua, no duros! —se apresuró a advertir.

Pasados por agua y enseguida, allí, al borde del pequeño canal, a diez grados bajo cero, junto al cuerpo de *Belle de Jour*. Eso también dio mucho que hablar...

Uno de los tres gendarmes, el que acababa de acompañar al figurín de los galones, se puso a sus órdenes y volvió a salir disparado en busca de los huevos. «Más que huevos, pequeños mundos, pequeños mundos...». Así los llamó el juez Mierck mientras rompía la cáscara con un minúsculo martillo de plata

labrada que llevaba ex profeso en un bolsillo del chaleco porque tenía a menudo aquel antojo, tras el cual siempre acababa con el bigote embadurnado de amarillo.

En tanto llegaban los huevos, el juez recorrió con la mirada los alrededores, palmo a palmo, silbando con las manos entrelazadas a la espalda, mientras los demás trataban de entrar en calor. Y habló; ahora ya no había quien lo parara. De su boca no volvió a salir un «*Belle de Jour*», a pesar de que él también la llamaba así, como puedo atestiguar. Ahora hablaba de «la víctima», como si la muerte, además de arrebatarte la vida, también le hubiera robado su hermoso nombre de flor.

—¿Fue usted quién pescó a la víctima?

Bréchut hijo, que sigue tirándose del chaleco como si quisiera esconderse en él, dice que sí con la cabeza, y Mierck le pregunta si le ha comido la lengua el gato. Bréchut responde que no, también con la cabeza. Es evidente que eso irrita al juez, que con lo del asesinato se había puesto de buen humor, pero está empezando a perderlo, sobre todo porque el gendarme sigue sin aparecer. Por fin, Bréchut consiente en dar detalles, y Mierck lo escucha murmurando «bien, bien, bien...» de vez en cuando.

Pasan los minutos. Sigue haciendo un frío que pela. Las ocas han optado por desaparecer. El agua fluye sin descanso. Una esquina de la manta permanece sumergida en la corriente, que la agita, tira de ella, la suelta, haciendo que parezca una mano que lleva el compás, que se hunde y reaparece. Pero eso el juez no lo ve. Mierck escucha el relato de Bréchut hijo sin perder detalle, sin acordarse de los huevos. En esos momentos, el chico aún tiene las ideas claras, pero más tarde, después de visitar todos los bares para contar la historia y dejarse invitar por los dueños, lo convertirá en una novela. Acabarán, a medianoche, borracho como una cuba, aullando el nombre de la niña con voz rota y meando en los pantalones todos los chatos bebidos a derecha e izquierda. Al final de la parranda, sucio como un gorrino, ya no hacía más que los

gestos, ante un público numeroso. Gestos hermosos, graves y dramáticos, que el vino volvía más elocuentes.

Las gruesas nalgas del juez Mierck rebosaban de su silla de cazador, un trípode de madera de ébano y piel de camello que nos impresionó mucho las primeras veces que lo enseñó; un recuerdo de las colonias, donde había pasado tres años persiguiendo ladrones de gallinas y de grano con destino a Etiopía, o algo por el estilo. La plegaba y la desplegaba constantemente en los escenarios de los crímenes, meditando ante ella como un pintor ante su modelo o agitándola en el aire como un bastón de mando, al estilo de un general pidiendo guerra.

El juez escuchó a Bréchut mientras se comía los huevos que el obsequioso gendarme había traído finalmente a paso ligero, envueltos en una humeante servilleta blanca. Ahora Mierck tenía el bigote gris y amarillo. Las cáscaras yacían a sus pies. El juez las aplastó con el talón mientras se limpiaba los labios con un pañuelo de batista. Al romperse, crujieron como los huesos de cristal de un pajarito y se le quedaron pegadas a la suela como pequeños espolones, mientras al lado, a tan sólo unos pasos, *Belle de Jour* seguía tendida bajo la empapada manta de lana. Pero eso no le amargó los huevos al juez. Casi diría que hasta le supieron mejor.

Bréchut acabó su historia, que el juez mascó al mismo tiempo que sus «pequeños mundos», con cara de entendido.

—Bien, bien, bien... —murmuró, levantándose y ajustándose la corbata de plastrón.

Luego contempló el paisaje como si lo desafiara con la mirada. Muy tieso y con el sombrero bien encasquetado.

La mañana derramaba su luz y sus horas. Todo el mundo estaba inmóvil, como un grupo de figurillas de plomo en un teatro en miniatura. Berfuche tenía la nariz roja y los ojos llorosos. Grosspeil estaba volviéndose del color del agua. El Postilla sostenía su libreta, en la que ya había acabado de tomar notas, y de vez en cuando se rascaba la mejilla mala, que el frío había jaspeado de marcas blancas. El gendarme de los huevos parecía de cera. El alcalde

había vuelto al ayuntamiento, contento de regresar al calor. Había cumplido. El resto no le incumbía.

El juez respiraba el aire azul a pleno pulmón, con las manos a la espalda, subiendo y bajando sobre las puntas de los pies. Esperaba a Victor Desharet, el médico de V. Pero ya no tenía prisa. Saboreaba el momento y el lugar. Procuraba grabárselo en lo más profundo de la memoria, donde almacenaba tantos escenarios de crímenes y paisajes de asesinatos. Era su museo particular, y estoy seguro de que, cuando lo recorría, sentía emociones que nada tenían que envidiar a las de los asesinos. La frontera entre la presa y el cazador es así de delgada.

Llega Desharet. El médico y el juez. ¡Tal para cual! Se conocen desde el instituto. Se tratan de tú, pero en sus labios el «tú» suena de un modo tan curioso que parece un «usted». Comen juntos a menudo, en el Rebillon y en otros sitios, durante horas y en abundancia, especialmente chacina y menudos: morro, callos en salsa, pies de cerdo, mondongo, sesos, riñones fritos... A fuerza de tratarse y alimentarse de lo mismo, han acabado por parecerse: el mismo color de tez, la misma papada, la misma tripa, los mismos ojos, que parecen sobrevolar el mundo y evitar el barro de las calles tanto como la compasión.

Desharet examina el cuerpo como mero caso clínico. Está claro que le preocupa mojarse los guantes. Sin embargo, también conocía a la pequeña; aunque, bajo sus manos, ya no es una niña asesinada, sino sólo un cadáver. Le toca los labios, le levanta los párpados y le descubre el cuello, momento en que todo el mundo ve los moretones violáceos, que forman una especie de collar.

—¡Estrangulamiento! —Sentencia el facultativo.

Para decir eso no hacía falta haber pasado por la facultad, pero el caso es que allí, esa gélida mañana, tan cerca del pequeño cuerpo, el dictamen es como una bofetada.

—Bien, bien, bien... —vuelve a murmurar el juez, contento de tener un asesinato, uno de verdad, al que hincarle el diente; y encima el asesinato de un menor, que para redondear la cosa es

una niña. Y de pronto, girando sobre los talones entre visajes y poses, con el bigote embadurnado de yema, pregunta—: Y esa puerta ¿qué es?

Todos miran la dichosa puerta como si acabara de aparecerseles la Virgen, una pequeña puerta entreabierta que deja ver una extensión de hierba helada y pisoteada, una puerta en una tapia larga y alta, y al otro lado de la tapia, un parque, un parque serio con árboles serios, y tras todos esos árboles, que entrelazan sus desnudas ramas, la silueta de un edificio alto, una mansión señorial, un caserón enorme y complicado.

—Pues... el parque del Palacio —responde Bréchut retorciéndose las manos en el frío.

—Un palacio... —Repite el juez como si se burlara de él.

—Sí, bueno, el palacio del Fiscal.

—Mira tú por dónde... Así que es ahí... —murmuró el juez, más para sí mismo que para nosotros, que en ese momento debíamos de importarle menos que una cagada de mosca. Era como si se alegrara de oír el nombre de su rival y de que aquel nombre, el de un hombre poderoso como él, al que odiaba no se sabía muy bien por qué, tal vez simplemente porque el juez Mierck sólo podía odiar, porque ésa era su naturaleza profunda, quedara envuelto en los efluvios de una muerte violenta—. Bien, bien, bien... —volvió a decir Mierck, súbitamente animado, dejando caer el corpachón sobre su exótico asiento, que había plantado justo enfrente de la pequeña puerta del parque del Palacio.

Y allí siguió un buen rato, helándose como un pardal en un tendedero, mientras los gendarmes se soplaban en los guantes y pateaban el suelo, Bréchut hijo ya no se sentía la nariz, y la cara del Postilla pasaba del gris al azul.

3

Hay que reconocer que el Palacio no es cualquier cosa. Sus muros de ladrillo y sus tejados de pizarra impresionan incluso a los menos impresionables; son algo así como la joya del barrio rico, porque, sí, nosotros también tenemos un barrio rico, además de una clínica, que en aquellos años de escabechina mundial no daba abasto, dos escuelas, una para las chicas y otra para los chicos, y una Fábrica, un edificio enorme con chimeneas cilíndricas que arañan el cielo y lanzan bocanadas de humo y nubes de hollín día y noche, en invierno y verano. Desde que la abrieron, a finales de la década de los ochenta, da de comer a toda la región. Raro es el hombre que no trabaja allí. Casi todo el mundo dejó las viñas y los campos por ella. Desde entonces, los abrojos crecen a sus anchas donde antes hubo cepas, frutales y surcos de buena tierra.

Nuestra ciudad no es muy grande. No es V., ni mucho menos. Sin embargo, uno puede perderse en ella. Quiero decir que tiene suficientes rincones sombreados y miradores para que cualquiera pueda encontrar algo que satisfaga su melancolía. A la Fábrica le debemos la clínica, las escuelas y la pequeña biblioteca, en la que no entra cualquier libro.

El dueño de la Fábrica no tiene nombre ni rostro; es un «grupo», como suele decirse, o una «sociedad», como puntualizan los que quieren dárselas de informados. Donde antaño crecía el trigo se alzan ahora hileras de viviendas. Calles enteras construidas unas a imagen de las otras. Casas alquiladas por muy poco, o por mucho —el silencio, la obediencia, la paz social—, a obreros que no esperaban tanto y a quienes les costó acostumbrarse a mear en una

taza de porcelana en vez de en un agujero negro practicado en el centro de una tabla de pino. Las antiguas granjas, las pocas que aún resisten, se arrimaron, como por instinto, unas a otras, apretujaron sus viejos muros y sus ventanas bajas en torno a la iglesia y siguieron lanzando sus agrios olores a establo y leche cuajada por las puertas entreabiertas de los corrales.

También nos hicieron dos canales, uno grande y otro pequeño. El grande, para las gabarras que traen carbón y caliza y se llevan carbonato de sosa. El pequeño, para alimentar al grande si alguna vez se quedaba sin agua. Los trabajos duraron diez años. Unos señores encorbatados se paseaban por todas partes con los bolsillos llenos de billetes, comprando tierras a diestro y siniestro. Eran tan generosos pagando rondas que a algunos les resultaba difícil mantenerse sobrios un día al mes. De pronto, dejamos de verlos. Se fueron por donde habían venido. La ciudad era suya. Se acabó la borrachera. Ahora había que trabajar. Trabajar para ellos.

Pero, volviendo al Palacio, no puede negarse que es el edificio más imponente de la ciudad. El viejo Destinat, Destinat padre, lo hizo construir justo después del desastre de Sedán. Y no escatimó. Puede que aquí seamos poco habladores, pero a veces nos gusta impresionar de otras maneras. El Fiscal vivió en el Palacio toda la vida. Hizo más que eso: nació y murió en él.

El Palacio no es de proporciones humanas. Es inmenso. Y más teniendo en cuenta que la familia nunca fue numerosa. El viejo Destinat paró la máquina en cuanto tuvo un hijo. Oficialmente, estaba satisfecho. Lo que no le impidió hacer unos cuantos bombos y unos bastardos preciosos, a los que dio una moneda de oro hasta los veinte años y una bonita carta de recomendación el día en que cumplieron veintiuno, junto con una simbólica patada en el culo para que fueran a comprobar bien lejos si la tierra era realmente redonda. Aquí, a eso se le llama generosidad. No todo el mundo actúa así.

El Fiscal era el último Destinat. No habrá más. No es que no se casara, es que su mujer murió muy pronto, a los seis meses de una boda en la que se dio cita lo más pudiente y copetudo de la región. La novia era una De Vincey. Sus antepasados habían luchado en Crécy. Como los de todo el mundo, seguramente, pero ni lo sabemos ni nos importa.

En el vestíbulo del Palacio vi un retrato de ella, pintado en la época de la boda. El artista, llegado expresamente de París, había conseguido captar en su rostro la inminencia del fin. La palidez de muerta en ciernes y la resignación de las facciones eran impresionantes. Se llamaba Clélis. No es un nombre banal, y está admirablemente grabado en el mármol rosa de su tumba.

En el parque del Palacio podría acampar todo un ejército y aún quedaría sitio. Está rodeado de agua: al fondo hay un pequeño camino vecinal que hace de atajo entre la plaza del ayuntamiento y el embarcadero y, al otro lado, el pequeño canal al que ya me he referido, sobre el que el viejo hizo construir un puente japonés, pintado de granate. La gente lo llama «la Morcilla», porque su color recuerda el de la sangre cocida. En la orilla de enfrente se alza un edificio alto con grandes ventanas, el laboratorio de la Fábrica, donde los ingenieros se las ingenian para encontrar el modo de hacer más rico a su jefe. A la derecha del parque remolonea un río estrecho y sinuoso, el Guerlante, cuyas aguas son ralentizadas por los remolinos y los bancos de nenúfares. El agua lo impregna todo. El parque del Palacio es como una gran tela mojada. La hierba gotea sin cesar. Un sitio para coger cualquier cosa.

Es lo que le pasó a Clélis Destinat. Todo acabó en tres semanas, entre la primera visita del médico y la última paletada de Ostrane, el enterrador, que siempre la echa muy despacio.

—¿Y por qué la última y no las demás? —le pregunté un día.

—Porque la última —respondió mirándome con sus ojos de pozo sin fondo—, la última tiene que quedar en el recuerdo.

Ostrane es un poco redicho; le gusta hacer frases. Para mí que equivocó el oficio. Yo habría pagado por verlo en el teatro.

El viejo Destinat procedía del campo, pero en cincuenta años consiguió desasnarse a golpe de billetes y sacos de oro. Había cambiado de mundo. Tenía seiscientos empleados, cinco granjas arrendadas, ochocientas hectáreas de bosque —todo robles—, pastizales para dar y tomar, diez edificios de alquiler en V. y un buen colchón de acciones —y de las buenas, nada de Panamás— sobre el que habrían podido dormir diez hombres sin clavarse los codos.

Recibía y lo recibían. En todas partes. Lo mismo en casa del obispo que en la del prefecto. Era alguien.

No he hablado de la madre de Destinat. Ella era otra cosa. De buena familia, también del campo, pero no del que se trabaja, sino del que se posee de toda la vida. Había aportado como dote más de la mitad de lo que poseía su marido, y algo de buenas maneras. Después se había dedicado a sus libros y sus labores. Se le permitió elegir un nombre para su hijo, y eligió Ange. El viejo le antepuso Pierre. Ange le parecía blando y poco viril. A partir de ese momento, la madre ya no vio al hijo, o apenas. Entre las niñeras inglesas de los primeros años y el internado en el colegio de los jesuitas, el tiempo se fue volando. La madre se había separado de un meoncete de piel sonrosada y ojos hinchados y un buen día se encontró frente a un jovenzuelo un tanto estirado, granujiento y barbilampiño, que la miraba de arriba abajo, como un auténtico señorito henchido de latín, griego, importancia y sueños de grandeza.

La señora Destinat murió como había vivido: sin hacer ruido. Pocos se enteraron. El hijo estaba en París, estudiando Derecho. Vino al entierro, todavía más tieso y empapado de capital y conversación, con su bastoncillo de madera clara, su impecable cuello duro y el labio adornado con un bigotillo engominado a la Jaubert. El no va más. El viejo encargó el mejor ataúd disponible al ebanista, que por primera y única vez en su vida trabajó con palisandro y caoba, y puso asas de oro. Oro de ley. Luego mandó construir un panteón e hizo colocar sobre él dos estatuas: una de bronce con los brazos tendidos hacia el cielo, y otra, arrodillada,

llorando en silencio. No quiere decir gran cosa, pero queda muy aparente.

Con el luto, el viejo no cambió de costumbres. Se limitó a encargar tres trajes de paño negro y brazaletes de crespón.

Al día siguiente al entierro, el hijo se volvió a París, donde aún estuvo unos años.

Un buen día regresó, demasiado serio y convertido en fiscal. Ya no era el pisaverde que había arrojado tres rosas sobre el ataúd de su madre con una mueca de suficiencia y había desaparecido sin más por miedo a perder el tren. Era como si algo se hubiera roto en su interior y lo hubiera doblegado un poco. Pero nunca supimos qué.

Luego, la viudez acabó de quebrarlo. Y de alejarlo. Del mundo. De nosotros. De sí mismo, seguramente. Creo que la quería, que amaba a su joven flor de invernadero.

El viejo Destinat murió ocho años después que su mujer, de un ataque en una cañada, cuando iba a visitar una de sus alquerías para echarle una bronca al aparcero y probablemente ponerlo de patitas en la calle. Lo encontraron con la nariz y la boca hundidas en el espeso barro de comienzos de abril, gentileza de las lluvias que en esa época suelen oscurecer nuestro cielo y convertir la tierra en una pasta pegajosa. Había vuelto a sus orígenes. Se había cerrado el ciclo. El dinero le sirvió de poco. Murió como un destripaterrones.

Y el hijo se quedó totalmente solo. Solo en la gran casa.

Seguía teniendo la costumbre de mirar a la gente por encima del hombro, pero se conformaba con poco. Una vez pasada su juventud de lechuguino que vestía trajes de buen corte con un clavel en la solapa, no quedó más que un hombre que iba envejeciendo. El trabajo lo absorbía por completo. En la época de su padre, el Palacio daba empleo a seis jardineros, un guarda, una cocinera, tres lacayos, cuatro doncellas y un chófer, una pequeña tribu gobernada con mano firme y recluida en reducidas dependencias y cuartos abuhardillados en los que durante el invierno se helaba el agua de las palanganas.

El Fiscal agradeció los servicios prestados a todo el mundo. No fue mezquino. Les dio una bonita carta y una bonita suma. Sólo se quedó con la cocinera, Barbe, a quien las circunstancias convirtieron también en doncella, y con su marido, apodado el Rancio porque nadie lo había visto sonreír jamás, ni siquiera su mujer, que en cambio siempre tenía la cara distendida y alegre. El Rancio se ocupaba del mantenimiento de la propiedad y realizaba todo tipo de trabajos menores. Al matrimonio se lo oía poco y se lo veía menos. Como al Fiscal, por otra parte. El caserón parecía aletargado. La lluvia se colaba por el tejado de una torrecilla. Una enorme glicina, dejada de la mano de Dios, tapaba con sus ramas varias persianas. El hielo hizo estallar varias piedras angulares. La casa envejecía, al igual que sus moradores.

Destinat no recibía jamás. Le había dado la espalda al mundo. Iba a misa todos los domingos. Tenía su banco, marcado con las iniciales de la familia, grabadas a escoplo en el roble macizo. No se perdía una. Durante el sermón, el cura lo acariciaba con la mirada como si fuera un cardenal o un cómplice. Luego, al final, cuando la tropa de gorras y pañoletas bordadas había desfilado fuera, lo acompañaba hasta el atrio. Entre el clamor de las campanas, mientras Destinat se enfundaba los guantes de cabritilla —tenía las manos finas como una señorita y los dedos delgados como boquillas de fumar—, se decían cuatro naderías, pero en el tono de quienes saben, el uno porque conocía las almas, el otro porque les buscaba las vueltas. Y se acabó: el Fiscal volvía a casa, y quien quisiera podía imaginarse su soledad y filosofar sobre ella.

Un día, uno de los directores de la Fábrica solicitó el favor de ser recibido en el Palacio. Protocolo, intercambio de tarjetas, reverencias y sombrerazos. Lo reciben. El director en cuestión era un belga gordo, paticorto y risueño, de ensortijadas patillas pelirrojas y ataviado como un *gentleman* de novela, con ranglán, pantalón a cuadros con trencillas en las costuras y botines relucientes. Bien. Llega Barbe trayendo una gran bandeja con un servicio de té de lo más completo. Sirve a los señores. Desaparece. El Director

parlotea. Destinat habla poco, bebe poco, no fuma, no ríe, pero escucha educadamente. El otro sigue sin entrar en materia, habla de billar durante diez minutos largos, luego de la caza del perdigón, el *bridge*, los cigarros de La Habana y por último de la cocina francesa. Ya lleva allí tres cuartos de hora. Se dispone a hablar del tiempo, pero en ese momento Destinat consulta su reloj, casi de reojo, pero lentamente, para que al otro no le pase inadvertido.

El Director comprende, tose, deja la taza, vuelve a toser, vuelve a coger la taza y, por fin, se lanza: tiene que pedirle un favor, pero no sabe si se atreverá, de hecho duda, teme ser inoportuno, tal vez grosero... No obstante, acaba lanzándose al agua: el Palacio es grande, muy grande, y además están las dependencias, en particular esa casita del parque, desocupada, pero coqueta, independiente. Su problema, el problema del Director, es que la Fábrica marcha bien, casi demasiado bien, y cada vez necesita más personal, sobre todo ingenieros, jefes, pero el caso es que ya no hay sitio donde alojarlos, porque, claro, no los van a meter en la colonia, en las casas de los obreros, no, por Dios, obligarlos a codearse con esa gente, que a veces duermen cuatro en la misma cama, que beben vino peleón, que sueltan un juramento detrás de otro, que se reproducen como animales... ¡Eso nunca! Así que al Director se le había ocurrido una idea, sólo una idea... Si el señor Fiscal aceptara, aunque desde luego no tiene por qué, cada cual es dueño en su casa... Pero si, aun así, consintiera en alquilar la casita del parque, la Fábrica y el Director le estarían eternamente agradecidos, y naturalmente pagarían bien, y por descontado no meterían a cualquiera; sólo a gente bien, educada, discreta, silenciosa, jefes o como mucho subjefes, y sin niños, asegura el Director, que le da su palabra y suda a chorros bajo el cuello falso y dentro de los relucientes botines. Luego, se calla y espera, sin atreverse siquiera a mirar a Destinat, que se ha puesto en pie y contempla el parque y la bruma, arrebuyada en sí misma.

Se produce un largo silencio. El Director ya está empezando a arrepentirse de su ocurrencia, pero de pronto Destinat se vuelve y le

dice que de acuerdo. Así, sin más. Con voz inexpresiva. El Director no da crédito a sus oídos. Se inclina, balbucea, tartamudea, da las gracias con palabras y ademanes, sale andando de espaldas y se va antes de que su anfitrión cambie de parecer.

¿Por qué aceptó el Fiscal? Tal vez sólo para que el Director se fuera de una vez y lo dejara de nuevo con su silencio. O tal vez porque le había complacido que, por una vez en la vida, le pidieran algo, algo que no fuera dar la muerte o denegarla.

4

Fue en los años noventa y siete y noventa y ocho, aproximadamente. Ayer, como quien dice. La Fábrica costeó la reforma de la casita del parque. La humedad la había roído como a la cala de un viejo barco. Hasta entonces se había empleado para guardar lo que ya no se usaba, un poco de todo y nada de utilidad: armarios desvencijados y ratoneras, guadañas roñosas y delgadas como medias lunas, sillares y hojas de pizarra, una calesa tipo tílburi, juguetes pasados de moda, madejas de lana, herramientas de jardín, vestidos apolillados e infinidad de cabezas de ciervos y jabalíes —el viejo había sido un cazador empedernido—, todos bien muertos y llenos de paja, que el hijo, que hacía cortar cabezas pero detestaba verlas, había amontonado allí, en un rincón. Las arañas habían tejido innumerables telas que daban a la abigarrada trastería una pátina de antigüedad y misterio y la hacían parecer una tumba egipcia. Finalizado el grueso de las obras, un decorador vino ex profeso de Bruselas para dar el último toque.

El primer inquilino llegó apenas concluidos los trabajos. El segundo lo sustituyó a los seis meses, para marcharse poco después y ceder el sitio al tercero, al que siguió el cuarto, y así sucesivamente, hasta que se perdió la cuenta. La casita tuvo muchos ocupantes, que nunca se quedaban más de un año y eran muy parecidos. La gente los llamaba a todos igual. Decían: «¡Mira, por ahí va el Inquilino!». Eran individuos jóvenes, que no hacían ruido, no salían nunca, no llevaban mujeres y, en una palabra, obedecían las consignas. Por lo demás, salida hacia la Fábrica a las siete de la mañana, regreso a las ocho de la tarde, tras cenar en un

gran edificio al que llamamos «el Casino» —no sé por qué, ya que allí nunca se ha jugado a nada— y que los señores ingenieros usaban como cantina. A veces, en domingo, alguno de ellos se atrevía a dar unos pasos por el parque. Destinat no decía nada; los dejaba hacer. Los miraba desde una ventana y esperaba a que volvieran a la casita para salir a pasear a su vez y sentarse en un banco.

Pasaron los años. La vida de Destinat parecía seguir un ritmo inmutable, entre la Audiencia de V., el cementerio, al que iba todas las semanas para visitar la tumba de su mujer, y el Palacio, en el que vivía encerrado, como invisible, en un alejamiento del mundo que poco a poco lo envolvió en un aura de austera leyenda.

Cumplía años, pero seguía siendo el mismo. Al menos, en apariencia. La misma seriedad gélida, el mismo silencio, espeso como un siglo lleno de acontecimientos. Quien quisiera oír su voz, por lo demás muy suave, no tenía más que asistir a un juicio. Los había a menudo. Aquí los crímenes son más frecuentes que en otras partes. Tal vez porque los inviernos son largos y la gente se aburre, y los veranos, tan calurosos, que hacen hervir la sangre en las venas.

Los jurados no siempre comprendían lo que quería decir el Fiscal. Él había leído demasiado y ellos, demasiado poco. Había de todo, pero rara vez gente gorda; casi siempre eran pelagatos. Artesanos apergaminados se sentaban al lado de campesinos coloradotes, pequeños funcionarios, curas de raída sotana que se habían levantado antes del amanecer para venir desde alguna parroquia perdida, carreteros, obreros derrengados... Todos en el mismo banco, el bueno. Algunos habrían podido verse en el de enfrente, entre los bigotudos gendarmes, tiesos como dos estacas. Y estoy convencido de que, oscuramente, lo intuían, de que, en su fuero interno, lo sabían sin querer confesárselo, y eso era lo que hacía que a menudo fueran tan rencorosos y firmes con el hombre al que tenían que juzgar, el hombre, en suma, en cuyo pellejo

podrían haber estado, su hermano en la desgracia o la desesperación.

Cuando la voz de Destinat se alzaba en el tribunal, los murmullos cesaban de inmediato. Era como si la sala recompusiera la figura, como alguien que se coloca ante el espejo y se ajusta el cuello. Una sala que se mira y contiene la respiración. Así era el silencio en el que el Fiscal pronunciaba sus primeras palabras. Y el silencio se desgarraba ante ellas. Nunca eran más de cinco folios, fuera cual fuese el delito, fuera quien fuese el acusado. La estrategia de Destinat era simple a más no poder. Nada de aspavientos. Una descripción fría y minuciosa del crimen y de la víctima, y nada más. Lo que no es poco, sobre todo cuando no se omite ningún detalle. En la mayoría de las ocasiones, el informe forense le servía de guión. No se apartaba de él. Le bastaba con leerlo, demorando la voz en las palabras más cortantes. No olvidaba ni una herida, ni un corte, ni la menor incisión en un cuello rebanado o un vientre abierto. De pronto, el público y los jurados veían ante sí imágenes que venían de muy lejos, de lo más oscuro, a ilustrar el mal y sus metamorfosis.

Suele decirse que tememos lo que no conocemos. Yo en cambio creo que el miedo surge cuando descubrimos lo que hasta el día anterior creíamos ignorar. Ése era el secreto de Destinat: poner ante los ojos de la gente, como si nada, las cosas con las que no querían vivir. El resto era pan comido. El triunfo estaba asegurado. Ya podía pedir la cabeza del acusado. Los jurados se la entregaban en bandeja de plata.

Luego podía ir a almorzar al Rébillon. «¡Uno menos, señor Fiscal!». Bourrache lo acompañaba a su mesa y le retiraba la silla con la solemnidad que merecía un gran señor. Destinat desenvolvía los cubiertos y hacía tintinear el vaso con la hoja del cuchillo. El juez Mierck lo saludaba en silencio y Destinat le devolvía el saludo del mismo modo. Estaban a menos de diez metros. Cada uno en su mesa. Nunca se decían nada. Mierck comía con el apetito y los modales de un ogro, con la servilleta anudada al cuello como un

patán, los dedos relucientes de grasa y los ojillos ya turbios por efecto del brouilly. El Fiscal, no; el Fiscal tenía educación. Cortaba el pescado como si lo estuviera acariciando. Fuerá llovía sin descanso. El juez Mierck devoraba el postre. *Belle de Jour* dormitaba junto al enorme hogar, mecida por el cansancio y la danza de las llamas. El Fiscal se perdía en los recovecos de sus agridulces ensoñaciones.

No muy lejos, ya estaban afilando una hoja y levantando un cadalso.

En una ocasión, me dijeron que el talento y la fortuna de Destinat habrían podido llevarlo muy lejos. Sin embargo, se quedó aquí toda su vida. Es decir, en ningún sitio, en una tierra a la que durante años el rumor de la vida no llegó más que como una música lejana, hasta que un buen día nos cayó encima y no paró de aporrearlos la cabeza de un modo espantoso durante cuatro años.

El retrato de Clélis seguía adornando el vestíbulo del Palacio. Su sonrisa veía el mundo cambiar y hundirse en el abismo. Vestía a la moda de un tiempo amable que ya había dejado de existir. Con los años, su palidez había desaparecido, y ahora la pátina del barniz confería a sus mejillas una tibiaza sonrosada. Destinat pasaba a sus pies todos los días, un poco más viejo, un poco más apagado que el día anterior, con ademanes más lentos y pasos más cansinos. Cada día se alejaban un poco más el uno del otro. La muerte súbita se lleva las cosas hermosas, pero las conserva tal como eran. Ésa es su auténtica grandeza. Contra eso no se puede luchar.

Destinat amaba el tiempo hasta el punto de quedarse viéndolo pasar, sin hacer otra cosa, en ocasiones, que estar detrás de una ventana, sentado en una tumbona de mimbre, o en un banco del parque que, gracias a una pequeña elevación artificial, cubierta de anémonas y hierba doncella en primavera, dominaba las lánguidas aguas del Guerlante y las más presurosas del pequeño canal. En momentos así, se lo podía confundir con una estatua.

Llevo muchos años intentando comprender, aunque no me considero especialmente perspicaz. Voy a tientas, me pierdo, vuelvo al punto de partida... Al principio, antes del Caso, para mí Destinat

era un nombre, un cargo, una casa, una fortuna, un rostro que veía al menos dos o tres veces por semana y ante el que me quitaba el sombrero. Pero, de lo que había detrás, no tenía ni la más remota idea. Ahora, a fuerza de vivir con su fantasma, es casi como si fuera un viejo conocido, un compañero en la desgracia, una parte de mí mismo a la que, por así decirlo, intento resucitar y hacer hablar para formularle una pregunta. Sólo una. A veces me digo que pierdo el tiempo, que Destinat era un hombre tan impenetrable como una niebla espesa y que no lo conseguiría ni pasando mil noches en vela. Pero ahora lo que me sobra es tiempo. Para el caso, es como si estuviera fuera del mundo. Todo lo que se agita ahí fuera me parece enormemente lejano. Vivo en la estela de una Historia que ya no es mi historia. Poco a poco, me desentiendo.

5

1914. En vísperas de la gran masacre, nuestra ciudad padeció una repentina escasez de ingenieros. La Fábrica seguía trabajando a pleno rendimiento, pero por algún extraño motivo los belgas se quedaban en su pequeño reino, a la débil sombra de su rey de opereta. Con mucha zalema y circunloquio, se le hizo saber al Fiscal que ya no tendría más inquilinos.

Efectivamente, el verano se anunciaba tan caluroso bajo las pérgolas como en las molleras de muchos patriotas, desmontadas pieza a pieza y vueltas a montar como el mecanismo de un reloj. En todas partes se blandían puños y recuerdos dolorosos. Aquí, como en el resto del mundo, las heridas tardan en cerrarse —sobre todo las que aún gotean—, y se infectan a su antojo en las veladas de recuerdo y rencor. Por orgullo y por estupidez, todo un país estaba dispuesto a arrojarse al cuello de otro. Los padres azuzaban a los hijos. Los hijos azuzaban a los padres. Sólo las mujeres, madres, esposas o hijas, presenciaban aquello con el pálpito de la desgracia en el corazón y una lucidez que les hacía ver mucho más allá de aquellas tardes de gritos de júbilo, rondas para todos y canciones patrióticas que hacían zumbar los oídos y temblar la verde fronda de los castaños.

Nuestra pequeña ciudad oyó la guerra, pero no puede decirse que la hiciera. Más bien puede afirmarse sin faltar a la verdad que vivió de ella: los obreros siguieron haciendo funcionar la Fábrica. Hacían falta. Los de arriba dieron una orden, por una vez, y sin que sirva de precedente, buena: por decisión de ya no recuerdo qué remoto mandamás, todos los trabajadores quedaron adscritos al

servicio civil. Gracias a ello, ochocientos paisanos dieron la espalda a los calzones color granza de la infantería y al horizonte azul. Ochocientos hombres que, a ojos de algunos, no lo fueron jamás y que todas las mañanas abandonaban una cama caliente y unos brazos dormidos en vez de una trinchera enfangada, para ir a empujar vagonetas en lugar de cadáveres. ¡Menuda suerte! ¡Adiós a los silbidos de los obuses, al miedo, a los camaradas gimiendo y muriendo a unos pocos metros, enganchados en las alambradas..., a las ratas devorando los cadáveres...! Y, en su lugar, la vida, la auténtica vida, nada más y nada menos. La vida, estrechada cada mañana, no como una quimera oculta tras la humareda, sino como una cálida certeza que huele a sueño y a mujer. «¡Enchufados!», pensaban los soldados convalecientes, sin brazos, sin piernas, tuertos, destripados, gaseados, despedazados, cuando se cruzaban en nuestras calles con los obreros, mochila al hombro, sonrosados y enteros. Algunos, con el brazo en cabestrillo o una pierna de madera, se volvían a su paso y escupían al suelo. Era comprensible. Se puede odiar por menos.

Pero no todo el mundo era obrero. Los escasos campesinos en edad de ser reclutados cambiaron la azada por el fusil. Algunos partieron, orgullosos como cruzados, sin saber que sus nombres no tardarían en estar grabados en un monumento aún por erigir.

Pero, si hubo una incorporación a filas sonada, fue la del maestro, que, por increíble que parezca, se llamaba Fracasse. No era de aquí. Le organizaron una fiesta de despedida. Los niños compusieron una cancioncilla de lo más tierna y conmovedora, que consiguió hacerlo llorar. El municipio le regaló una petaca para tabaco y unos guantes de vestir. Me pregunto qué haría con aquel par de guantes de tejido delicado y color salmón, que sacó de un estuche de piel de zapa y de un papel de seda y miró con incredulidad. No sé cómo acabaría Fracasse al final de aquellos cuatro años, si muerto, lisiado o, a lo mejor, sano y salvo. Lo cierto es que no volvió, y no me extraña. La guerra no sólo produjo muertos a paletadas; también partió en dos el mundo y nuestros

recuerdos, como si todo lo que había ocurrido antes hubiera ido a parar a un limbo o al fondo de un viejo bolsillo en el que nadie se atrevería a volver a meter la mano.

Enviaron a un sustituto que ya no estaba para que lo movilizaran. Recuerdo, sobre todo, sus ojos de loco, dos canicas de acero en blancos de nácar. «¡Estoy en contra!», le espetó al alcalde, cuando éste acudió a la escuela para presentarle a sus alumnos. Lo apodaron «el Contra». Estar en contra es muy respetable. Pero ¿en contra de qué? Nunca lo supimos. De todas formas, en tres meses todo había acabado: el Contra debía de haber empezado a perder la chaveta hacía tiempo. A veces, dejaba de explicar y miraba a los niños imitando el ruido de la metralla con la boca o el silbido de un obús, se tiraba al suelo y se quedaba completamente inmóvil durante largos minutos. En eso estaba muy solo. La locura es un país en el que no entra quien quiere. En esta vida todo hay que merecerlo. En cualquier caso, él entró como un señor, largando amarras y velas con la gallardía de un capitán que da barreno a su barco y espera, de pie en la proa, a que se hunda.

Todas las tardes se paseaba por la orilla del canal dando brincos. Hablaba solo, la mayoría de las veces diciendo cosas que nadie entendía, se detenía unos instantes para pelear, armado con una vara de avellano, contra un adversario invisible y seguía su camino saltando y canturreando: «¡Tururururú, tururururú!».

Un día de intenso cañoneo, se pasó de la raya. Los cristales de las ventanas temblaban cada cinco segundos como la superficie del agua un día de fuerte viento. El aire apestaba a pólvora y carne putrefacta. Hedía incluso dentro de las casas. Tapábamos las rendijas de las ventanas con trapos húmedos. Más tarde, los chavales contaron que el Contra se había pasado más de una hora apretándose la cabeza entre las manos como si quisiera reventársela; luego, se había subido al escritorio y se había quitado toda la ropa, metódicamente, mientras cantaba *La Marsellesa* a pleno pulmón. Luego, desnudo como su madre lo trajo al mundo, echó a correr hacia la bandera, la tiró al suelo y se meó encima de

ella, antes de intentar prenderle fuego. Ése fue el momento en que el hijo de Jeanmaire, que casi tenía quince años y era el más alto de clase, se puso en pie tranquilamente y lo detuvo golpeándole en plena frente con un atizador de hierro.

—¡La bandera es sagrada! —dijo el chico más tarde, no poco orgulloso, rodeado de gente que escuchaba el relato de su hazaña. Ya tenía madera de héroe. Murió tres años después en el Camino de las Damas. También por la bandera.

Cuando llegó el alcalde, el maestro yacía completamente desnudo sobre el azul, el blanco y el rojo, con el pelo medio socarrado por el fuego, que no había llegado a prender realmente. Poco después, se lo llevaron dos enfermeros, vestido con una camisa de fuerza que le daba aspecto de esgrimista. Un chichón violáceo destacaba en su cabeza como una extraña condecoración. El Contra ya no hablaba. Parecía un niño pequeño al que acaban de reñir. Creo que en ese momento ya estaba completamente ido.

El caso es que la escuela se había quedado sin maestro, y que la situación, si bien no desagradaba a los chavales, no era del gusto de las autoridades, que tenían gran necesidad de calentarles la cabeza y fabricar kilos de joven soldado impaciente por pelear. Tanto más cuanto que en esos momentos, pasado el optimismo inicial. —«¡En quince días, haremos que los boches se traguen Berlín!»—, no se sabía cuánto iba a durar la guerra y convenía preparar reservas. Por si acaso.

El alcalde se tiraba de los pelos y movía todos los hilos a su disposición. Pero nada. Encontraba tan pocas soluciones como sustitutos para Fracasse.

Y, de pronto, un buen día, el 13 de diciembre para ser exactos, la solución se presentó sola en el coche de línea que llegó de V. y se detuvo, como siempre, ante la ferretería de Quentin-Thierry, en cuyo escaparate las cajas de clavos de todos los tamaños se alineaban inmutablemente junto a las trampas para topos. Vimos bajar a cuatro tratantes de ganado, rojos como capelos de cardenal, riendo y dándose codazos tras haber remojado sus negocios; después, a

dos mujeres, dos viudas que se habían desplazado a la ciudad para vender sus labores de punto de cruz; tras ellas, al viejo Berthiet, un notario jubilado que una vez por semana acudía a la sala posterior del Grand Café del Excelsior para jugar al *bridge* con carcamales de su estilo; después, a tres jovencitas que habían ido de compras para la boda de una de ellas; y, en último lugar, cuando parecía que ya no quedaba nadie, a una joven. Un auténtico rayo de sol.

La muchacha miró a la derecha y luego, lentamente, como para hacerse una idea del lugar, a la izquierda. Ya no se oía el bramar de los cañones ni el estallido de los obuses. El día conservaba un poco del calor del otoño y el aroma de la savia de los helechos. La recién llegada tenía a sus pies dos pequeños bolsos de cuero marrón, cuyos cierres de cobre parecían guardar misterios. Vestía con sencillez, sin adornos ni perifollos. Se inclinó ligeramente, cogió sus dos bolsos, y su silueta desapareció de nuestra vista dulcemente, envuelta en el brumoso vapor azul y rosa del atardecer.

Tenía un nombre —que supimos más tarde— en el que dormitaba una flor, un nombre que le sentaba tan bien como un traje de noche: Lysia. No había cumplido los veintidós años, venía del norte, estaba de paso. Se apellidaba Verhareine.

Su breve paseo, que tuvo lugar lejos de nuestras miradas, la llevó hasta la mercería de Augustine Marchoprat. A petición de la joven, la mercera le explicó dónde estaba el ayuntamiento y la casa del alcalde: eso fue lo que preguntó la desconocida, «con una voz todo azúcar», dijeron más tarde los cursis. Y la tía Marchoprat, que tenía la lengua un palmo de larga, cerró la puerta, echó la persiana de hierro y corrió a contárselo todo a su vieja amiga Mélanie Bonnipeau, una beata amojamada que se pasaba las horas muertas vigilando la calle desde su ventana baja, entre las plantas verdes que extendían ante los cristales sus acuosas volutas y junto a su rollizo gato castrado, que parecía un monje grave. Las dos viejas empezaron a hacer cábala y a tejer una de aquellas novelas de baratillo con las que entretenían las noches de invierno, contándose otra vez todos los episodios y haciéndolos aún más farragosos y

ñoños, hasta que, media hora después, pasó Louisette, la criada del alcalde, una muchacha brava como una oca.

—Entonces ¿quién es? —le preguntó la tía Marchoprat.

—¿Quién es quién?

—¡La chica de los dos bolsos, tonta!

—Una chica del norte.

—¿Del norte? ¿De qué norte? —preguntó la mercera.

—Pues del norte. ¿Es que hay más de uno?

—¿Y qué quiere?

—Quiere el puesto.

—¿Qué puesto?

—El puesto de Fracasse.

—¿Es maestra?

—Eso dice.

—Y el alcalde ¿qué ha dicho?

—¡Uf, se ha deshecho en sonrisas con ella!

—¡No me extraña!

—Le ha dicho: «¡Es usted mi salvación!».

—¡Es usted mi salvación!

—Sí, así mismo.

—¡Otro que no tiene más que una idea en la cabeza!

—¿Qué idea?

—¿Qué idea va a ser, simple? Una idea en el pantalón. Ya conoces a tu señor... ¡Es un hombre!

—Pero en los pantalones no hay ideas...

—¡A fe que eres tonta, hija mía! A ti, ¿quién te hizo a tu pequeño? ¿Una corriente de aire?

Ofendida, Louisette dio media vuelta y se marchó. Las dos viejas estaban satisfechas. Ya tenían con qué pasar la velada, hablando del norte, de los hombres, de sus vicios y de la joven forastera, que tenía pinta de cualquier cosa menos de maestra y que sobre todo era muy atractiva, demasiado atractiva para ser maestra, tan atractiva como para no necesitar tener un oficio.

Al día siguiente, lo sabíamos todo, o casi todo.

Lysia Verhareine había dormido en la habitación más grande del único hotel de nuestra ciudad, a expensas del ayuntamiento. Por la mañana el alcalde había ido a recogerla, vestido como un joven novio, para presentarla a todo el mundo y enseñarle la escuela. Había que verlo pavoneándose y dando unas sacudidas con las piernas como para desgarrar el pantalón de jaspe negro, con una gracia que sus cien kilos hacían parecer la danza de un elefante de circo, mientras la señorita miraba más allá del paisaje, como si quisiera proyectarse, perderse en él, al tiempo que nos saludaba con un leve movimiento de su fina mano.

La joven entró en la escuela y miró el aula como si fuera un campo de batalla. Allí todo olía a niño campesino. En el suelo aún había restos de cenizas de la bandera. Varias sillas volcadas daban al lugar un aspecto de final de juerga. Algunos observábamos la escena desde el exterior, sin disimulo, con la nariz pegada a los cristales. En la pizarra se leía el comienzo de un poema:

*Debieron de sentir la mordedura del frío en los corazones,
desnudos bajo las estrellas abiertas, y la muerte, medio...*

Los versos se detenían ahí, y también la letra, que debía de ser la de el Contra, su letra, que estaba allí y nos recordaba sus ojos y sus movimientos de gimnasia, mientras él —pero ¿dónde?— debía de estar tumbado en un jergón inmundo o estremeciéndose bajo las duchas frías y las malvas descargas de electricidad.

Tras abrir la puerta y señalar la bandera, el alcalde dijo algo; luego, se metió los dedos de salchicha en los bolsillos del chaleco de seda, como dándose importancia con su silencio, y de vez en cuando nos lanzaba una mirada aviesa que sin duda quería decir: «¿Qué hacéis ahí, y qué queréis? ¡Apartad el hocico de los cristales y largaos de una vez!». Pero ninguno de los que estábamos allí, bebiéndonos la escena como una copa de vino raro, se dio por aludido.

La joven dio unos pasitos a la derecha y luego a la izquierda, hasta los pupitres, en los que aún descansaban las plumas y los cuadernos. Se inclinó sobre uno, leyó una página y la vimos sonreír al tiempo que los cabellos le espumaban el cuello como una gasa de oro, entre la blusa y la piel desnuda. Luego, se detuvo ante las cenizas de la bandera, levantó un par de sillas, arregló distraídamente las flores secas de un jarrón, borró sin remordimientos la pizarra y los versos inacabados y después sonrió al alcalde, que se quedó clavado en el sitio, petrificado por aquella sonrisa de veinte años, mientras a menos de quince leguas los hombres se destripaban a bayonetazos y se lo hacían en los pantalones, y morían a miles diariamente, lejos de la sonrisa de una mujer, sobre una tierra devastada en la que la mera idea de la mujer se había convertido en una quimera, un sueño de borracho, un insulto demasiado hermoso.

El alcalde se palmeó el estómago para disimular. Lysia Verhareine salió del aula con un garbo digno de un paso de baile.

6

El maestro siempre había ocupado el piso de encima de la escuela: tres habitaciones muy limpias orientadas al Mediodía, con vistas a los campos y su pelambre de vides y ciruelos. Fracasse lo había convertido en una vivienda muy agradable, que yo había visitado ocasionalmente una o dos tardes que pasamos hablando, de todo y de nada, ambos con cierta reserva; un pisito que olía a cera de abeja, libro encuadrado, meditación y soltería. Nadie había vuelto a pisarlo desde que el Contra había ocupado el puesto, ni tampoco inmediatamente después de que se lo llevaran los enfermeros.

El alcalde introdujo la llave en la cerradura, empujó la puerta, un tanto sorprendido de la resistencia que ofrecía, entró y perdió de golpe su beatífica sonrisa de guía turístico. Eso lo supongo yo, que rehago la historia y relleno los huecos, pero creo que no me lo invento, porque lo leímos todo en su cara de susto, en su frente, perlada de gruesas gotas de sudor y sorpresa, en el sofoco de su cara cuando, pasados unos minutos, volvió a salir para aspirar el aire a grandes bocanadas, se dejó caer contra el muro y, como el campesino que nunca dejó de ser, se sacó del bolsillo un gran pañuelo a cuadros no demasiado limpio y se enjugó el rostro con él.

Al cabo de un rato, Lysia Verhareine apareció a su vez a la luz de la mañana, que la obligó a entornar los ojos durante unos instantes, antes de abrirlos para mirarnos y sonreír. Luego, se alejó unos pasos, se inclinó para recoger dos castañas tardías que acababan de caer al suelo y emerger, lustrosas y de un marrón maravillosamente fresco, de sus erizos. Las hizo rodar en su mano, las olió cerrando los ojos y se marchó lentamente. Nosotros

corrimos hacia la escalera, subimos dándonos codazos y nos precipitamos en la vivienda... Era el apocalipsis.

Del pasado encanto de la pequeña vivienda no quedaba nada. Ni rastro. El Contra la había devastado sistemáticamente, llevando su ensañamiento hasta tal punto que había recortado todos los libros de la biblioteca en trocitos de un centímetro cuadrado —Lepelut, un chupatintas obsesionado por la precisión, los midió delante de nosotros— y había raspado con una navaja todos los muebles hasta dejarlos reducidos a grandes montículos de rubias virutas. Los restos de comida, repartidos en numerosos montones, habían atraído insectos de lo más variado. La ropa sucia, tirada por el suelo, imitaba cuerpos sin carne, desmembrados e inertes. Y en las paredes, en todas las paredes, los versos de *La Marselesa*, escritos con letras delicadamente trazadas, desplegaban sus arengas guerreras sobre las margaritas y las malvarrosas del papel pintado; el loco los había escrito una y otra vez, como letanías dementes que a todos nos produjeron la sensación de estar atrapados entre las enormes páginas de un libro atroz. Había trazado las letras con la punta del dedo, con la punta del dedo embadurnada con su propia mierda, que había defecado en todas las esquinas de las habitaciones durante todos los días que había pasado entre nosotros, tal vez después de sus ejercicios de gimnasia, o entre el estremecedor rugido de los cañones, cerca del insoportable canto de los pájaros, del obsceno perfume de las madreselvas, los lirios, las rosas, bajo el azul del cielo, contra el viento azucarado.

En definitiva, el Contra acabó haciendo la guerra, su guerra. A golpe de tijera, navaja y excrementos, había dibujado su campo de batalla, su trinchera y su infierno. También él había gritado su sufrimiento antes de hundirse en él.

Aquello olía que apestaba, es cierto, pero el alcalde demostró no ser más que un pusilánime sin corazón ni redaños. Un don nadie. La joven maestra, en cambio, era toda una mujer: salió a la calle sin juzgar ni estremecerse. Miró el cielo, que arrastraba humaredas y nubes redondas, dio unos pasos, recogió dos castañas y las acarició

como si fueran las febres sienes del loco, su demacrada frente, empalidecida por todas las muertes, por todos los sufrimientos acumulados por la humanidad, por todas nuestras purulentas llagas, abiertas desde hace siglos, a cuyo lado el olor de la mierda no es nada, nada, sólo un olor agrio, empalagoso y débil de un cuerpo aún vivo, vivo, que en modo alguno debe repugnarnos, avergonzarnos ni descomponernos.

No obstante, era evidente que aquella joven no podía vivir allí. El alcalde estaba commocionado. Navegaba entre los vapores de la absenta, en el Café Thériex, el más cercano. Iba por el sexto vaso, que se había echado al cuerpo, como los anteriores, de un trago y sin esperar a que se disolviera el azúcar, para recuperarse de haberse acercado a nuestra común miseria, mientras los demás seguíamos pensando en los caligramas del loco, en su universo de confetis e inmundas pintadas, meneando la cabeza, silbando como si tal cosa, encogiéndonos de hombros y mirando a través de la pequeña luna hacia el este, que se volvía oscuro como la tinta.

Después, a fuerza de beber, dormir y roncar, el alcalde acabó cayéndose de la silla y de la mesa. Risa general. Otra ronda. Se reanudan las conversaciones. Se charla y se charla. Hasta que alguien, ya no recuerdo quién, saca a relucir a Destinat. Y otro, tampoco recuerdo quién, dice: «Allí es donde hay que alojar a la maestra, con el Fiscal, en la casita del parque, donde vivía el inquilino».

A todo el mundo le pareció una idea excelente, empezando por el alcalde, que dijo llevar un rato pensando en ello. Codazos y caras de inteligencia. Era tarde. La campana de la iglesia golpeó doce veces contra la noche. El viento cerró un postigo. Fuera, la lluvia se deslizaba por el suelo como un gran río.

7

Al día siguiente, el alcalde había recogido velas. Iba cabizbajo, con un traje de terciopelo grueso, un paletó de lana, un gorro de nutria y zapatos claveteados. El atuendo de galán y los aires de grandeza y seguridad en sí mismo se habían quedado en el armario. Ya no tenía que interpretar ningún papel: Lysia Verhareine lo había calado. Había pasado el momento de hacerse el distinguido. Además, presentarse en casa del Fiscal hecho un figurín era ponérselo en contra desde el principio. Destinat lo habría mirado como si fuera un mono vestido de hombre.

La joven maestra conservaba su sonrisa ausente. Su vestido era tan sencillo como el del día anterior, pero tenía los tonos de un bosque en otoño y adornos de encaje de Brujas que le daban una austereidad religiosa. El alcalde arrastraba los pies por el barro de las calles. Ella los posaba apenas sobre la tierra esponjada por el agua, sorteando los charcos con pequeños saltos, como si jugara a trazar el rastro de un grácil animal sobre el suelo empapado. Bajo sus tersas facciones de mujer joven se adivinaba la niña traviesa que sin duda había sido, la muchachita que dejaba de jugar a la rayuela para colarse en los jardines y robar rojas cerezas o grosellas.

Lysia se quedó esperando ante la escalinata del Palacio mientras el alcalde entraba a exponer el asunto a Destinat. El Fiscal lo recibió de pie, en el vestíbulo, entre el cielo raso, a diez metros de su cabeza, y las frías baldosas blancas y negras, que dibujaban el tablero de un juego iniciado en la noche de los tiempos, en el que los hombres son los peones, en el que hay hombres poderosos y guerreros, y criados y muertos de hambre que los miran de lejos, sin

dejar de caer. El alcalde lo soltó todo. De un tirón. Sin adornarlo ni elegir palabras bonitas. Hablaba con los ojos clavados en las baldosas y las polainas de Destinat, confeccionadas con becerro de primera calidad. No ocultó nada: la excrementicia Marsellesa, el apocalíptico espectáculo y la idea que habían tenido muchos, y sobre todo él, de alojar a la joven en la casita del parque. Luego se calló y esperó, aturrido como un animal que hubiera chocado violentamente contra una cerca o el grueso tronco de un roble. El Fiscal no respondió. Miró con tranquilidad a través de la vidriera de la puerta de entrada la figura menuda que iba y venía; luego, hizo saber al alcalde que deseaba ver a la joven, y la puerta se abrió ante Lysia Verhareine.

Yo podría embellecer la escena; después de todo, no es tan difícil. Pero ¿para qué? La verdad es mucho más efectiva cuando la contemplamos de frente. Lysia entró y tendió a Destinat una mano tan fina que al principio el Fiscal apenas la vio, ocupado como estaba en observar el calzado de la joven, unos pequeños zapatos de verano de crepé y cuero negro con la punta y el talón ligeramente manchados de barro, un barro más gris que marrón, que había dejado su pegajoso rastro sobre el embaldosado, oscuro en las casillas blancas y claro en las negras.

El Fiscal era famoso porque llevaba los zapatos más brillantes que el casco de un guardia republicano, hiciera el tiempo que hiciese. Ya podía haber un metro de nieve, llover a cántaros o haber un palmo de barro en la calzada; el cuero que cubría los pies de aquel hombre siempre estaba reluciente. Un día lo vi quitándoles el polvo en un pasillo de la Audiencia, cuando creía que nadie lo observaba, mientras al lado, tras un panel de nogal patinado por los años, doce miembros de un jurado sopesaban la cabeza de un hombre. Aquel día, había en sus gestos una pizca de desdén mezclado con asco. Y comprendí muchas cosas. Destinat odiaba las manchas, incluso las más naturales y terrenas. Por lo general, ver los sucios zapatones de los reos sentados en el banquillo, o de los hombres y las mujeres con los que se cruzaba en la calle, le revolvía

el estómago. Segundo cómo llevas los zapatos, eras considerado digno o indigno de que te mirara a los ojos. Todo dependía de un embetunado perfecto, reluciente como el cráneo de un calvo después de un verano de mucho sol o, por el contrario, de una costra de tierra seca, una película de polvo del camino o unas gotas de lluvia sobre un cuero seco y agrietado.

Pero allí, ante aquellos pequeños zapatos salpicados de barro que redibujaban el damero de mármol y, con él, el universo, ocurrió algo muy distinto. Fue como si de pronto el mundo hubiera dejado de girar.

Destinat acabó por coger la pequeña mano que le tendían y la retuvo en la suya. Largo rato.

—Una eternidad —nos dijo el alcalde más tarde—. ¡Una eternidad, y me quedo corto! —añadió antes de proseguir—: El Fiscal no le soltaba la mano, la retenía en la suya, y sus ojos... ¡Tendríais que haber visto sus ojos! Ya no eran sus ojos, ni sus labios eran sus labios; se movían, o temblaban un poco, como si quisiera decir algo, pero no salía nada, nada. Miraba a la chica, la devoraba con los ojos como si nunca hubiera visto a una mujer, o al menos a una como ella... Yo, como podéis figuraros, no sabía dónde meterme... Aquellos dos estaban en otra parte, solos en algún sitio, perdidos el uno en los ojos del otro; porque la chica tampoco parpadeaba, le clavaba esa sonrisa suya y no la apartaba, no bajaba la cabeza, no parecía apurada ni incómoda. Y, claro, el que se sentía como un idiota era yo... Intenté agarrarme a algo, a alguna cosa que pudiera justificar mi presencia y no hacerme parecer un intruso, y acabé refugiándome en el gran retrato de su mujer, en los pliegues de su vestido, que le llegan hasta los pies. ¿Qué otra cosa podía hacer, eh? Fue ella la que acabó retirando la mano; pero no apartó los ojos. Y el Fiscal se miró la suya, su mano, como si le hubieran arrancado la piel. Tras unos instantes de silencio, me miró, me dijo «sí», y eso fue todo, un simple sí. Luego no sé lo que pasó.

Lo sabía perfectamente, seguro, pero eso ya no tenía importancia. Lysia Verhareine y él abandonaron el Palacio. Destinat se quedó allí. Largo rato. De pie en el mismo sitio. Luego subió a sus habitaciones, caminando pesadamente. Eso lo sé por El Rancio, que dijo que nunca había visto a su señor tan encorvado, tan lento y tan aturdido, y que ni siquiera recibió respuesta cuando le preguntó si se encontraba bien. Pero puede que esa misma noche volviera al vestíbulo, en la penumbra apenas atenuada por la azulencia fosforescencia de las farolas de la calle, para convencerse de lo que había visto, para contemplar las delgadas marcas de barro sobre el damero blanco y negro, y a continuación los ojos de su mujer, que también sonreía, pero con una sonrisa de otro tiempo, que ya no iluminaba nada y que en ese momento debió de parecerle infinitamente lejana.

Después vinieron días extraños.

La guerra continuaba, quizá con más fuerza que nunca. Las carreteras se convirtieron en surcos de un interminable hormiguero que se teñía de gris y barbas exhaustas. El ruido de los cañones no cesaba ni de día ni de noche; puntuaba nuestras vidas como un reloj macabro que abarcaba con su gran aguja los cuerpos heridos y las vidas muertas. Lo peor es que ya casi ni lo oíamos. Todos los días veíamos pasar, en la misma dirección, hombres a pie, jóvenes que iban hacia la muerte creyendo aún que podrían eludirla. Sonreían a lo que aún no conocían. Llevaban en los ojos la luz de su vida anterior. El cielo era lo único que seguía siendo puro y alegre, y permanecía ajeno al mal y la putrefacción, que se extendían a ras de suelo bajo su bóveda de estrellas.

Así pues, la joven maestra se había instalado en la casita del parque. Le iba más que a ninguno de sus anteriores ocupantes. Lysia Verhareine la convirtió en un pequeño estuche hecho a su imagen en el que el viento entraba sin que lo invitaran para acariciar las cortinas azul pálido y los ramos de flores silvestres. Pasaba muchas horas sonriendo, no se sabía a qué, ante la ventana o en el banco del parque, con un cuaderno de cuero rojo en las manos, y

sus ojos parecían atravesar al horizonte, ir siempre más allá, hacia un punto muy poco visible, o visible solamente para el corazón, pero no para los ojos.

No tardamos en adoptarla, aunque nuestra pequeña ciudad no suele abrirse a los forasteros, y quizá menos aún a las forasteras. Pero la joven maestra supo seducir a todo el mundo con pequeñeces, e incluso quienes podrían haber sido sus rivales, es decir, las chicas jóvenes que buscaban marido, no tardaron en darle los buenos días con una leve inclinación de cabeza, que ella devolvía con la misma vivacidad ligera con que hacía todo.

Los alumnos la miraban con la boca abierta, y ella lo aceptaba, divertida pero sin maldad. La escuela nunca estuvo tan llena ni fue tan alegre. Los padres no conseguían retener a sus hijos, que hacían cualquier tarea que se les mandara en casa a regañadientes y para los que cada día que pasaban lejos del pupitre era un largo y aburrido domingo.

Todas las mañanas, Martial Maire, un infeliz que había perdido media cabeza bajo las pezuñas de un buey, dejaba ante la puerta del aula un ramo de flores que había cogido él mismo o, cuando no había flores, un manojo de hierbas aromáticas en el que el tomillo difundía un aroma a menta y la alfalfa, un perfume de azúcar. A veces, cuando no encontraba ni flores ni hierbas, dejaba tres guijarros que había lavado cuidadosamente en la fuente de la calle Pachamort y secado en su agujereado jersey de lana. Luego se marchaba, antes de que la señorita llegara y descubriera su regalo. Otra se habría reído del pobre tonto y habría tirado las hierbas o las piedras. Sin embargo, Lysia Verhareine las recogía despacio, mientras, alineados ante ella, sus alumnos contemplaban sin chistar sus sonrosadas mejillas y sus cabellos, de un rubio ambarino; las mantenía en la palma de la mano unos instantes, como acariciándolas, y una vez en el aula colocaba las flores o las hierbas en un pequeño recipiente de cerámica en forma de cisne, y los guijarros en el canto del escritorio. Martial Maire observaba la escena desde fuera. La joven maestra le lanzaba una sonrisa, y él

echaba a correr. A veces, cuando se lo encontraba en la calle, le acariciaba la frente como se hace con alguien que tiene fiebre, y él se quedaba extasiado bajo la tibiaza de su mano.

A muchos les habría gustado estar en la piel de aquel infeliz. En cierto modo, Maire encarnaba parte de su sueño. La joven lo mimaba como a un niño, y él tenía detalles de novio joven. A nadie se le ocurrió burlarse jamás.